

— Me lo figuro.

— ¡Ah!, te lo figuras. Bueno, pues nada, cuando sepas algo concreto, vente por aquí que estamos todas las tardes, me lo dices, y además nos tomamos una cerveza.

Las dos mujeres se miraron sin saber qué decir, encogieron los hombros y se marcharon hablando entre ellas: “encima que viene una a hacer un favor, mire usted como la reciben”.

— Muy discretamente... no cree usted don Lotario que las causas que dicen para descubrir el crimen son tonterías.

— Ya sabes, son cosas de aquí. A mí el otro día, me paró una para preguntarme si tenía pañuelo, que llevaba las narices muy coloradas. Al fin y al cabo son cosas de la vida, no tonterías.

— Sí, pero si da la casualidad que muero esa noche, la misma tía dice al enterarse: “ya me parecía a mí anoche que tenía las narices muy coloradas”.

— Claro, la gente es muy aficionada a hacerse la lista. A saber lo que va a ocurrir... el día que estalló la guerra, me dijo a mí el Batuecas “ya me extrañó a mí no ver anoche sentado en su puerta al Jeremías. El jefe de los socialistas”.

— ¡Qué cosas tiene usted, don Lotario!

— ¿Qué hay, que se os tercia?

— Nada, estábamos hablando del muerto, al veros se nos ha ocurrido llamaros a ver si había algo nuevo.

— Hola Ramón —dijo Plinio—. No te había conocido en la oscuridad.

— Pues si no hay nada nuevo, os vamos a decir una cosa que nosotros sabemos y es que el Muñecas, hace mucho tiempo que decía a todo el mundo que se iba a suicidar.

— ¿Ah sí? Pues él no llevaba en el bolsillo ninguna pistola, ni la había alrededor, —dijo Plinio—.

Pudo habérsela llevado alguno que pasó por allí antes que vosotros. Sobre todo si la pistola era de buen ver. —Contestó Ramón—.

— No creo que el Muñecas tuviese una pistola de mucho lucimiento —dijo don Lotario escépticamente, al tiempo que miraba el chisporroteo de su cigarro.

— Pues parece, don Lotario, que el Muñecas, tenía últimamente, vamos desde que pensaba en el suicidio, una pistola muy hermosa y algunas veces lo vieron tirando con ella al blanco, en la finquilla que tiene junto a la casa del Aire.

— Su mujer sabrá muy bien si llevaba ahora una pistola nueva —dijo Ramón—.

— ¿Se lo has preguntao?

— No, contestó Plinio. Pero ella habría dicho algo de la pistola, al hablar de eso ¡digo yo! Desde luego parece natural. De todas formas nos acercaremos a preguntárselo. ¿Y quién os ha dicho a vosotros lo de la pistola del Muñecas?

— El otro día estaba comentándoselo en el bar Alhambra a unos cuantos amigos suyos. Por lo visto le ha costado un dineral y se la habían traído de Albacete.

— Ya, ya. Pues no dijo ni pun de la famosa pistola. ¿Os acordáis quién fue ese amigo que habló de ella?

— Claro que me acuerdo —dijo de manera dubitosa Ramón—.

— Bueno pues avísale a ese amigo y dile que venga a hablar conmigo.

Adiós compañeros.

— Que es así, Manuel, las cosas cuanto más bobas, más humanas.

Plinio y don Lotario, cansados de mirar las nuca y orejas que ya conocían, salieron a dar un paseo antes de la cena, calle de la Feria adelante hasta el paseo de la Estación, mirándose las sombras que en el suelo proyectaban sus cuerpos.

Desde una de las aceras, de pronto los llamaron.

— ¡Eh, Plinio y don Lotario, vengan para acá un momento!

Los dos amigos después de reconocer a quienes los llamaban se acercaron lentamente. Allí, junto a la puerta, casi en la oscuridad había cuatro hombres hablando.

FRANCISCO GARCIA PAVON